

Biblioteca Ilusión

Publicación Semanal

Núm. 39

25 cts.



LA HIJA DEL BANDIDO

~~~~~ por JOSIE SEDGWICK ~~~~~



Biblioteca Ilusión

NO 1 THE OUTLAW'S DAUGHTER  
1925

## *La hija del bandido*

Versión literaria de la película de igual  
título, interpretada por la célebre artista

JOSIE SEDGWICK

por  
ADELARDO DURAN



*Exclusiva*

HISPANO AMERICAN FILM  
Calle Valencia, 233 : Barcelona



REDACCION Y ADMINISTRACION  
PARIS, 204 : BARCELONA



# La hija del bandido

JOSIE SEDGWICK

ABELARDO DURAN

HISPANO AMERICAN FILM  
Calle Valeriano, 212 : Barcelona

Tipografía La Académica  
Herederos de Serra y Russell  
Calle Enrique Granados, 112  
Teléfono G.-104 : Barcelona

## LA HIJA DEL BANDIDO

### REPARTO

|                       |                       |
|-----------------------|-----------------------|
| Flora Dale. ....      | <i>Josie Sedgwick</i> |
| Esteban Cole. ....    | <i>Robert Walter</i>  |
| Jaime King. ....      | <i>Edward Hearne</i>  |
| Ezequiel Craten. .... | <i>Harry Todd</i>     |

### I

Al amanecer en la bella y apacible región montañosa de Arizona, poco habitada aún, una partida de bandidos, que sembraba el terror por aquellos campos y cuyas cabezas se cotizaban a muy elevado precio, regresaba a su guarida después de un frustrado asalto a las oficinas de la Empresa Minera de Jaime King.

Martín Dale, jefe de la partida desde hacía muchos años, había sido herido gravemente en la atrevida aventura y presentía que su fin estaba próximo.

Entre sus secuaces, es decir, entre los hombres que le seguían, figuraba Esteban Cole, que era quien aprovechándose de la con-



fusión producida al ser sorprendidos momentos antes, durante el intento de robo, había herido a su capitán, sin que nadie, ni Dale mismo, se diese cuenta de ello, para satisfacer su ambición de ser jefe de los bandoleros.

El estado de Martín Dale se agravaba por momentos; tanto, que frecuentemente tenían que hacer alto en su marcha para atenderle y para contener la sangre que manaba en abundancia de su herida.

— ¡Muchachos! — decía con voz que cada vez era más débil, el herido. — ¡Me siento morir y quiero ver a mi hija y despedirme de ella! ¡Llevadme a casa en seguida!

\* \* \*

Ocultá y protegida por las montañas que la rodeaban, la casa de Martín Dale era el refugio de toda la partida.

Durante las frecuentes ausencias de los hombres sólo quedaba al cuidado de la casa Flora, la hija de Martín, que parecía un hombre más, ya que como un hombre vestía.

Cuando los bandidos llegaron aquella mañana a la casa sorprendieron a Flora en su ocupación favorita, que consistía en ejercitarse en el uso de las armas de fuego disparando su revólver, una y otra vez, sobre un cubo viejo e inservible, colocado encima del brocal del pozo.



*¡Muchachos!... Llevadme a casa en seguida...*

La sorpresa que la joven recibió al ver llegar a su padre moribundo, fué indescriptible. Flora profesaba un amor profundo, sin límites, al autor de sus días y, además, no sabía lo que era un dolor ni una contrariedad.

Con toda clase de precauciones se instaló al herido en su lecho, al que rodearon los bandidos todos y a cuyo lado se sentó, muda, pálida, pero entera y valerosa, Flora.

En la silenciosa estancia sólo se oía el fatigoso respirar del herido.



Flora no despegaba sus labios ni siquiera para inquirir la causa de que su padre se hallase así. La preguntaba con los ojos, eso sí.

Y Esteban Cole fué el encargado de darle la respuesta :

— Ha sido en el asalto de la mina — dijo añadiendo con perversa intención. — Le ha herido King.

Mientras pronunciaba estas palabras, Esteban no apartaba sus ojos de los de Flora para leer en ellos. Estaban serenos. Podía tener la seguridad de que Flora, con la que acariciaba el propósito de casarse, no sospechaba, ni sospecharía nunca, que su padre había sido herido por él.

En tanto la agonía del herido continuaba lenta y angustiosa.

El silencio en torno del herido continuaba siendo absoluto.

Por fin Martín tuvo unos instantes de lucidez ; una mejoría de esas que preceden a la muerte, durante la cual pudo, no obstante, articular algunas palabras.

— ¡Flora!... ¡Hija mía! — dijo haciendo un visible esfuerzo. — Siempre me has oído decir que cuanto hay en el mundo nos pertenece... pero no es así... Sólo es nuestro lo que ganamos honradamente.

El moribundo quería, sin duda, dejar en el ánimo de su hija un concepto de la vida distinto del que siempre había tenido, para que se apartase de la peligrosa senda seguida

por él, pero ya era tarde. Ni las anteriores palabras, ni las últimas que pronunció, casi al expirar, podían destruir una enseñanza de muchos años, ni borrar el odio hacia Jaime King y la sed de venganza que acababa de anidar en el alma de Flora.

— También es cierto — añadió Martín, realizando un supremo esfuerzo, el último de su vida — que cada uno tiene el fin que merece.

Y expiró.

Flora no lloró, no ; cayó sobre el inanimado cuerpo de su padre ; le besó una y cien veces, y, después de contemplarle absorta unos momentos, le cubrió piadosamente con un lienzo blanco.

Hecho esto se volvió hacia aquellos hombres, testigos silenciosos de aquella escena de dolor y les dijo, dirigiéndose principalmente a Esteban Cole :

— Mi padre me ha dicho que cada uno tiene el fin que merece... Yo ya sé cuál ha de ser el de King.

\* \* \*

A los pocos días la partida reanudaba sus actividades, pero no llevando a Esteban Cole como jefe, según ambicionaba, sino a Flora, que marchaba al frente de sus hombres contra la oficina de Jaime King.

La joven, lejos de apartarse de aquella vida



de oprobio y de sobresaltos, como hubiera sido la última voluntad de su padre, se disponía a anular las tristes glorias de éste. Existían, para proceder así, dos razones poderosas : la una que había sido educada en aquel ambiente, como si tal fuese su destino y su fin, y la otra el deseo de vengar la muerte de su padre.

Pues bien : como dicho queda, Flora caminaba hacia el mismo lugar donde su padre había hallado la muerte.

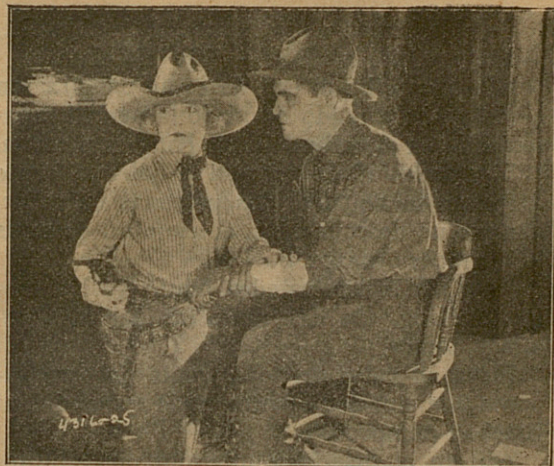
No diremos que su propósito era cobrarse en la misma moneda, pero desde luego puede afirmarse que ya que no la muerte, quería la ruina para Jaime King.

Y así, caminando entre tinieblas y en el silencio de la noche, llegó la partida a las oficinas de la mina de King, cuya entrada franquearon Flora y Esteban Cole, quedándose los demás hombres vigilando por las inmediaciones.

La estancia estaba sombría y desierta. Flora oprimió el botón de la luz y resplandeció en el despacho que debía ser campo de su maniobra aquella noche.

Pero no obstante lo decidida que debía suponerse a la joven a dar aquel golpe de mano, parecía dudar ; hallarse como desorientada, como temerosa.

Esteban Cole aprovechó aquella indecisión, aquellos minutos perdidos, para acercarse a Flora y decirle, poniéndole cariñosamente,



*¿Por qué ha arriesgado usted su vida por salvar la mía?*

al parecer, una mano sobre el hombro, como quien se cree con derecho a tales libertades :

— Esta es la primera vez que te veo a solas desde que tu padre murió.

— Di lo que quieras, pero quítame esa mano de encima — le repuso Flora con tono poco alentador.

La actitud de la muchacha no pasó desapercibida para el bandido, quien comprendiendo que no era el momento oportuno para exponerle sus atrevidos planes matrimoniales, desvió la conversación por otros derroteros.



— ¿No hemos venido aquí con un objeto?... ¡Vamos a cumplirle! — dijo Esteban.

Aún resonaba el eco de estas palabras en el despacho cuando se abrió la puerta, apareciendo en el umbral Jaime King en persona.

Si grande fué su sorpresa al hallarse frente a frente de aquellas dos personas extrañas, aunque no desconocidas, el asombro de éstas fué mucho mayor.

— ¿Qué hacen ustedes aquí? — les preguntó King, sin dar muestras del más pequeño temor.

Flora, al verse frente a frente del que suponía matador de su padre, nada respondió, ni Esteban tampoco.

Así, en el más absoluto mutismo, mirándose los unos a los otros, transcurrieron unos segundos.

Y fué King el que rompió el silencio al cabo :

— ¿Por qué no sigue haciendo lo que fuera a hacer? — preguntó dirigiéndose a Flora.

Entonces Esteban, comprendiendo lo absurdo de aquella situación, quiso resolverla por la tremenda y echó mano a su revólver, pero Flora se abalanzó a él, sujetó su brazo y forcejeó para impedir la agresión, que sin duda pretendía llevar a cabo. Mas en la lucha el arma de Esteban se disparó, hiriendo el proyectil en un brazo a la joven, y temiendo que al ruido del disparo acudiese gente huyó, dejando a Flora abandonada a su suerte.

Cuando King y Flora se encontraron solos, aquél se acercó a ella con la misma afabilidad que si se tratase de su mejor amigo y le prestó ayuda, procurando atajar, con su propio pañuelo, la sangre que brotaba de la herida.

— ¿Por qué ha arriesgado usted su vida por salvar la mía? — le preguntó cariñosamente.

— Porque la vida de usted me pertenece y no quiero que me la arrebatase nadie — le contestó Flora secamente.

Jaime King no pidió explicación a estas palabras, ni Flora se la dió, como era lógico y natural que lo hiciese, ya que la explicación hubiese sido hartamente enojosa en las circunstancias en que se hallaban.

Por el contrario, King, dando al olvido la condición de la joven y el por qué de hallarse allí, que no se le ocultaba, se compadeció de ella y se la llevó a su madre para que la curase y la cuidase.

La madre de King era una señora anciana, cuyo amor, reconcentrado todo en su hijo, le hacía ver con gozo cuanto éste quería y de éste venía.

Así, pues, le bastó que Jaime le pidiese que atendiera a Flora, para que la santa mujer se desviviese por cumplir los deseos de su hijo, y más sabiendo que la herida que la joven presentaba le había sido producida por salvar la vida de éste.



\* \* \*

Transcurridos varios días, Flora mejoró notablemente de su herida, que, por fortuna, no ofrecía gravedad.

Y he aquí por dónde, por primera vez en su vida, sintió la hija del bandido el calor amoroso de una madre.

Ya en franca convalecencia, Flora solía sentarse en la terraza de la casa de King y allí respiraba el aire puro de la montaña y meditaba, Dios sabe qué...

Y allí también la saludaba frecuentemente Jaime King, del que venía recibiendo un trato de hermano cariñoso.

Una tarde, cuando ya casi restablecida Flora, cabía pensar en la posibilidad de que pensara en abandonarles. Jaime abordó la cuestión con la mayor delicadeza.

— Tenerla a usted aquí es para mí una gran satisfacción — le dijo, añadiendo : — Además, no sabe la compañía que hace a mi madre.

Mas como Flora nada le contestara y como diese pruebas, por el contrario, de hallarse abstraída en hondas meditaciones, en una lucha interna que no era capaz de disimular, Jaime prosiguió :

— ¿Por qué no se queda usted aquí con nosotros? Trabajaré en la oficina. ¡Así como así nos está haciendo falta un empleado!

A estas palabras siguió un nuevo silencio de Flora y una nueva pausa a la que puso



*A los pocos días Flora trabajaba en las oficinas...*

fin la presencia de la madre de Jaime, quien se dirigió a ellos para decirles :

— ¡Niños, la comida está servida!

Antes de marchar al comedor, aún tuvo tiempo Jaime de decir a Flora :

— Piénselo usted bien. La plaza es para usted tan pronto esté en condiciones de desempeñarla.

Y así terminó aquel día y amaneció el siguiente, durante el cual Flora, siguiendo su costumbre de tardes anteriores, salió a la terraza a respirar y a meditar...

Y también como en tardes anteriores re-



cibió una visita, si bien no fué la de Jaime. El hombre que llegaba hasta ella cautelosamente arrastrándose casi por entre las plantas para no ser visto, era Esteban Cole, que se había aventurado a acercarse allí seguido de toda la cuadrilla para tener noticias de Flora y conocer sus planes.

— Ahí estamos todos esperándote para llevarte a casa — le dijo tan pronto estuvo junto a ella.

— Por ahora no quiero irme — le repuso Flora. — King me ha ofrecido trabajo aquí y el aceptarle me dará para realizar mi propósito.

— A ver si te vas a arrepentir y nos haces traición — le dijo Esteban cuando se disponía a marcharse adoptando las mismas precauciones que a su llegada.

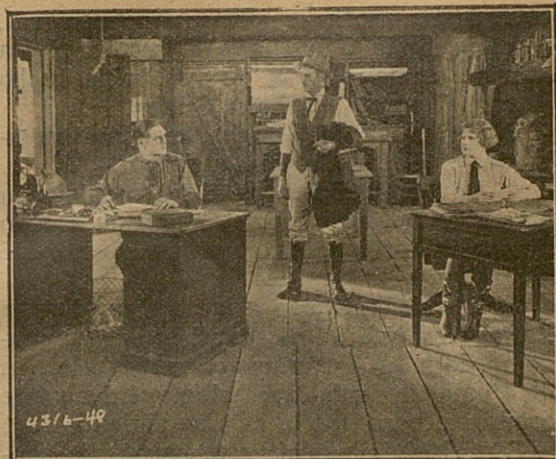
Al incorporarse Cole a sus secuaces les dijo para calmar su impaciencia y justificar la soledad en que volvía :

— Dice que aún no está en condiciones de regresar con nosotros.

\* \* \*

A los pocos días Flora trabajaba en las oficinas de la mina, ganándose, por momentos, la confianza de King.

Su único compañero de trabajo, además del propio Jaime, que llevaba por sí la dirección de sus asuntos, era Ezequiel Craten,



*Voy a enseñar a usted la combinación para  
abrir la caja...*

un hombre ya entrado en años, al que molestaba todo y sobre todo las mujeres, y más que ninguna Flora, cuyos antecedentes conocía

Pero dejemos a Ezequiel y volvamos a Jaime King y a Flora.

Jaime King sustentaba la teoría de que a los malos hay que darles ocasión de que sean buenos, y que no estaba equivocado lo probaba el hecho del resultado satisfactorio que su teoría le venía dando con Flora.

Firme en su propósito, cada vez daba a la joven más facilidades para que se desenvol-



viere a sus anchas, según sus inclinaciones, llegando hasta a confiarle el secreto de la caja de caudales, cosa que no había hecho ni con el propio Ezequiel Craten.

Este y la propia Flora se quedaron asombrados el día que le oyeron decir :

— Voy a enseñar a usted la combinación para abrir la caja a fin de que pueda hacerlo siempre que sea preciso, aunque yo no esté aquí.

Y uniendo la acción a la palabra, dictó a Flora, para que ésta lo escribiese en su cuaderno de notas, los números y las vueltas, a derecha e izquierda, que había que dar y que combinar, para que la caja se abriese.

Tan absurdo parecía este exceso de confianza, este alarde de despreocupación, que la misma Flora hubo de preguntarle, como recriminándole :

— ¿Cree usted que es discreto darme a mí esto?

— ¿Por qué no? Yo tengo confianza en usted — le repuso Jaime con la mayor naturalidad.

Y acercándose a su pupitre, sacó un libro, le hojeó, como si buscara algo en él, y una vez que lo hubo encontrado, volvió junto a Flora y le dijo :

— Desearía que leyese usted esto ; es uno de mis pensamientos favoritos.

La joven tomó el libro de manos de Jaime y leyó lo que éste le indicaba.

« Lo más triste que le puede suceder a un alma es perder la confianza en Dios y en la mujer.

ALEJANDRO SMITH. »

Tales eran las palabras y tal la sentencia que constituían uno de los pensamientos favoritos de Jaime King.

\* \* \*

Aquella tarde fué de gran actividad en el despacho de King. Ni éste ni Flora ni Ezequiel levantaron un solo instante la cabeza de los libros de contabilidad, ni se movieron de sus respectivos pupitres con harto sentimiento de este último, al que se veía nervioso y como azogado, como a quien le pasa algo o desea decir o hacer algo... y así era en efecto, según tendremos ocasión de ver bien pronto.

Hemos dicho que la tarde fué de esas que se llaman de prueba ; pero como todo acaba en este mundo, acabó el trabajo, al menos para King, el que cerró primero el libro que tenía ante sus ojos, y más tarde los cajones de su buró, cuyo sillón abandonó para dirigirse a Flora y decirle :

— Haga el favor de hacer saber a mi madre que voy al pueblo y que, tal vez, no regrese esta noche.

Y acto continuo se puso la americana y salió del despacho seguido por Ezequiel, que quería aprovechar la primera ocasión que se le presentaba para desahogar su pecho y



soltar lo que le estaba haciendo cosquillas en el estómago.

En efecto, tan pronto como logró dar alcance a King, ya fuera de la oficina, le asió de un brazo y le dijo en tono de cariñosa recriminación :

— ¡Estás loco!... ¡A quién se le ocurre dar a la hija de un ladrón la combinación de la caja!

— Quiero poner a prueba lo que siempre he creído... ¡Confía en las personas y serán honradas!... — Y se marchó, sin añadir una palabra, dejando a Ezequiel sin poder pronunciar las que seguramente quería decirle, claro que sobre el mismo tema.

Ezequiel, a quien la presencia y la compañía de Flora molestaba en alto grado, no sólo por ser quien era, sino por el hecho de ser mujer, no quiso volver más al despacho, dando por terminada también su tarea del día.

Y así la joven quedó sola y dueña de la situación.

En cuanto se dió cuenta de que Jaime King se había alejado y de que Ezequiel Craten no rondaba por allí tampoco, se asomó a una de las ventanas de la habitación e hizo una señal. No tardó en presentarse cautelosamente un hombre de los de la partida que antes capitaneara su padre y de la que ella era ahora jefe único.

En cuanto Flora pudo hablar con él le dijo :

— Diga a Esteban que pueden ustedes venir esta noche. Ha llegado el momento de arreglar cuentas con King.

El bandido se alejó y Flora salió de la oficina para ir a hacer compañía a la madre de King, a fin de no despertar sospechas, darle el recado de su hijo y cenar con ella.

Cumplido en su totalidad este programa, todos los de la casa se dispusieron a entregarse al descanso.

Mas Flora, a solas en su habitación, lejos de disponerse a dormir, lo que hacía era aguardar a que los demás durmiesen para llevar a cabo su plan.

Llegada casi la media noche y comprendiendo que Esteban y los demás hombres estarían aguardando la señal para dar el golpe, salió de su aposento y se trasladó a la oficina, situada no a muchos pasos de allí, y una vez que estuvo en ella encendió la luz, para que los que esperaban comprendiesen que podían acercarse sin temor.

No habían transcurrido apenas dos minutos cuando se presentó Esteban en el umbral de la puerta.

— Ya me tienes aquí — le dijo, añadiendo. — Los demás se han quedado colocados convenientemente para avisar si hubiese algún peligro.

— King está fuera — le repuso Flora — y los demás duermen hace ya rato. Acércate.

— Mira — continuó diciendo a Esteban



cuando le tuvo cerca. — El me ha dado el secreto de la caja donde guarda el dinero. Podremos sacarle sin violencia y huir.

Y como si estuviese decidida a cometer el robo, abrió la caja, valiéndose de los datos facilitados por Jaime, que ella misma había escrito en su carnet de notas y no tardó en hallarse frente a frente del dinero.

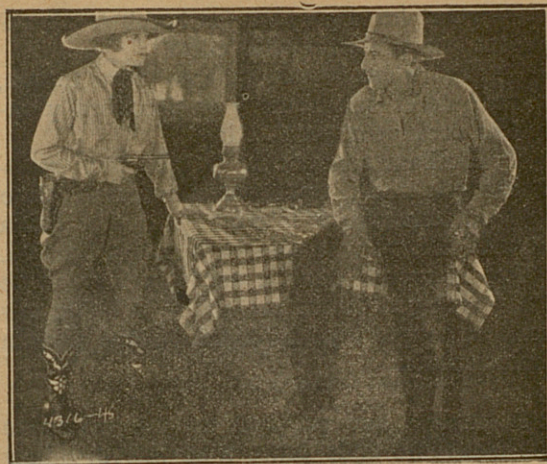
Consistía éste en un voluminoso fajo de billetes de Banco sujetos por una tira de papel a manera de faja y agregada a la misma faja otra tira de papel sobre la que se leía el famoso pensamiento de Alejandro Smith, que King le había hecho leer aquella misma tarde y del que le había dicho que era uno de los pensamientos favoritos suyos.

« ¡Lo más triste que le puede ocurrir a un alma es perder la confianza en Dios y en la mujer! »

Flora, al leerlo, sintió una sensación extraña; tanto, que en un arranque impulsivo, quizá involuntario, volvió a guardar el fajo de billetes en la caja y cerró fuertemente ésta.

— ¿Qué te pasa, Flora? — le preguntó Esteban, que había presenciado toda la escena situado a alguna distancia.

Flora de momento nada repuso; se incorporó, pues hasta entonces había permanecido de rodillas, porque la caja estaba al nivel del suelo, y encarándose con Esteban, con ademán resuelto, le dijo al fin:



*¡Veo que eres un astuto, Esteban!*

— ¡Que he cambiado de parecer!

— ¿Traicionas a los hombres que mandó tu padre? ¿Olvidas lo que él te enseñó para aprender lo que quiere su asesino?

— ¡Hago lo que me parece; lo que debo, y no eres tú quien para pedirme cuentas!

Esteban, mal avenido con la idea de volverse de vacío, intentó primero con razonamientos y después por la violencia, perpetrar el robo; pero todo fué inútil. Flora se había convertido súbitamente en el más resuelto defensor de los intereses de King y ni ruegos ni amenazas le hicieron cambiar de actitud.



— ¿Qué les digo yo a los hombres ahora?  
¿Cómo me presento ante ellos?

— ¡Les dices lo que quieras pero te vas, si no quieres que llame y os descubra y entonces será peor para todos!

Y Esteban, convencido de que toda resistencia era inútil, optó por marcharse, claro que sin renunciar a la empresa que le había llevado allí, para la que ya buscaría ocasión.

Por lo pronto aquella noche la fortuna de Jaime King se había salvado y la había salvado la propia hija del bandido, que parecía ambicionarla.

\* \* \*

A medida que pasaban los días Flora se iba acostumbrando tanto a su nueva vida y se iba interesando de tal manera en ella, que se olvidaba poco a poco del fin que perseguía con su estancia allí. El tiempo se deslizaba para ella dulcemente.

No le ocurría lo mismo a Esteban Cole, para quien cada hora era un año y cada día un siglo, no sólo porque codiciase el dinero de King, sino porque veía un peligro en que Flora permaneciese tanto tiempo alejada de ellos.

Constantemente espiaba las ocasiones de ver a la joven, pero éstas no se presentaban.

Al fin, un día, al darse cuenta de que Flora estaba a solas con Ezequiel, se presentó en la oficina dispuesto a deslindar de una vez los campos, como vulgarmente se dice.

Su presencia produjo la natural sorpresa en la joven y llevó la alarma al ánimo del viejo, su compañero de trabajo.

Esteban, sin poder reprimir ni disimular de momento la cólera que le embargaba, se encaró con Ezequiel, haciéndole abandonar, punto menos que violentamente, el despacho.

Esteban, cuando se encontró a solas de nuevo con Flora, procuró revestirse de toda la posible calma y acercándose a ella le puso la mano sobre el hombro para hablarle, como tenía por costumbre.

— Olvidemos lo sucedido la otra noche — le dijo.

— ¡Quítame las manos de encima! — fué la réplica de Flora.

Hubo unos momentos de silencio, que rompió Esteban.

— No te sentirías tan orgullosa si King y su madre supieran que tu padre, además de ladrón, fué asesino, y estuvo en presidio por ello — dijo Esteban al fin.

— ¡Que lo sepan, mejor!... No me sería difícil probarles que era inocente de aquel delito y que aquella injusticia fué la que envenenó su vida — contestó Flora.

— ¡Sí que podrías demostrarlo con los documentos que tienes en casa... Pero allí estoy yo ahora y no tú!...

Mientras esta escena se desarrollaba en el interior de la oficina, en la parte de afuera continuaba Ezequiel inmóvil. Su permanencia



allí, ya que no para otra cosa, sirvió para advertir a King, que llegaba en aquel momento, de lo que estaba pasando.

— Uno de los de la partida está hablando con tu empleada.

Pero Jaime King tenía tal confianza en Flora, que la noticia no le alarmó mucho ni poco. Lo que hizo fué que en lugar de entrar en el despacho se dirigió a su casa, en espera de los acontecimientos.

Estos no hicieron precisa, afortunadamente, su intervención, toda vez que Esteban, convencido de que ningún partido podría sacar de Flora para la realización de sus proyectos, saltó por una de las ventanas con objeto de no ser visto, y dijo a Flora antes de marchar :

— Si no vienes con nosotros ahora mismo, te va a ser difícil devolver la honra a tu padre.

Y una vez que Flora se hubo quedado sola, salió del despacho echando la llave por fuera, y se incorporó a la familia de su jefe y amigo.

\* \* \*

El día siguiente comenzó para todos normal y apacible, como si nada hubiese pasado la noche anterior.

Jaime, tranquilo y satisfecho por el feliz resultado de la prueba a que había sido sometida la muchacha, sentía únicamente acuciado el deseo de revelarles un secreto muy íntimo, pero no se atrevía en tales circunstancias



*¡Prontol...! Flora nos ha robado!*

por temor a que la joven no creyera en la sinceridad de sus palabras.

Unicamente, aprovechando una oportunidad en que Ezequiel les dejó solos, se aventuró a hacer a Flora una pregunta relacionada muy directamente con la visita del día anterior.

— ¿Usted no piensa volver con ellos, verdad? — le dijo.

— ¡Yo!... ¡No lo sé! — fué la contestación de Flora, contestación a la que quiso dar una energía que no le resultó tan completamente como ella hubiera deseado.



Sin embargo, Jaime hizo como que no se apercibía de la lucha que se estaba desarrollando en el corazón de la joven, y continuó hablando :

— ¡Ah!... ¡Y yo que tenía la esperanza!

Los dos guardaron silencio unos momentos.

— Su marcha sería para mí madre un golpe terrible — se aventuró a decir Jaime, añadiendo a continuación. — ¡Le ha tomado a usted tanto cariño!

La muchacha, con el pensamiento fijo en lo que le dijera Esteban Cole respecto a los documentos que probaban la inocencia de su padre, sabía demasiado que el único medio de recobrarlos era ir por ellos a su casa, y se dispuso a hacerlo en cuanto llegó la noche, pasara lo que pasara.

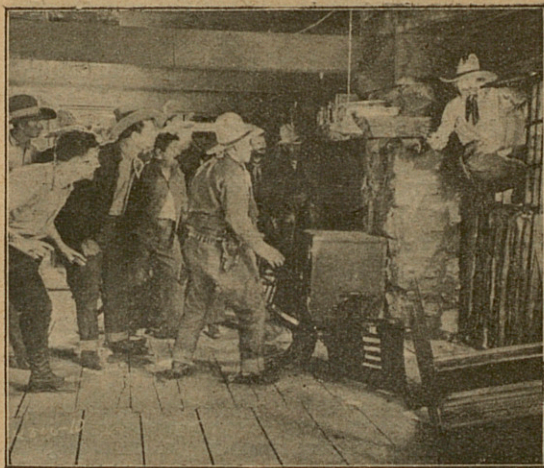
Aprovechando la obscuridad y el descanso a que todos se hallaban entregados, montó en su caballo y se encaminó a su antigua casa.

Cuando llegó a ella la encontró sola y pudo, a su antojo registrarlo todo en busca de los deseados papeles, pero apenas había dado comienzo a esta tarea, ruido de caballos le advirtió que los bandidos se aproximaban y se dispuso a recibirles sin despertar sospechas.

En efecto, instantes después Esteban y sus compañeros hacían irrupción en la habitación.

Flora dirigiéndose a Cole, le dijo con la mayor naturalidad procurando ser oída por los demás :

— Como ves, Esteban, aquí me tienes de



*¡El que avance un paso, que se dé por muerto!...*

vuelta — y volviéndose a los otros, añadió :  
— No he podido resistir por más tiempo la nostalgia de hallarme entre ustedes.

— Nosotros sí que te hemos echado de menos — se aventuró a decir uno de los de la partida.

— Háganme el favor de dejarme sola unos momentos con Esteban ; tengo que hablar con él.

Todos los hombres salieron, y esta vez fué Flora quien comenzó el diálogo.

— ¿No te alegra verme otra vez aquí?  
— preguntó a Esteban, echándole la mano



por encima del hombro para ganar más aún su confianza.

— Nunca dudé de que te cansarías de King, el reformador — contestó Cole, persuadido, al parecer, de la buena fe de la joven.

Pero bien fuera porque creyere que su regreso era una realidad sin ninguna encubierta intención o porque pensando en esto quisiera mortificarla, añadió al cabo de un rato :

— Te tenemos a ti aquí y también tenemos su dinero ; es decir, que le hemos dejado lucido.

Flora procuró no descubrirse exteriorizando la menor sorpresa ni la más ligera contrariedad, limitándose a preguntar :

— ¿Cómo has podido abrir la caja?

— Encontré esto en el suelo la noche que tú y yo tuvimos la disputa — le respondió Esteban mostrándole su cuaderno de notas en el que constaban, escritas por ella, las instrucciones relativas a la combinación.

Flora guardó silencio unos momentos, al cabo de los cuales dijo :

— Veo que eres muy astuto, Esteban.

Pero la astuta era ella por cuanto, ganándole la acción al bandido, decidida a matar o a morir, le apuntó con su revólver, obligándole no sólo a entregarle los documentos de que ya se había apoderado Cole y la valija con el dinero robado a King, sino a permanecer en



*¡Al fin ha llegado la hora de la justicia!...*

un rincón hasta que ella pudo ganar la puerta junto a la cual aguardaba su caballo, subir a éste con la agilidad del más consumado jinete y partir veloz como el rayo en dirección a la mina de King.

La inacción de Esteban durante esta violenta escena había sido cosa completamente obligada. El se había dado cuenta perfectamente de que una sola palabra, el menor movimiento, un gesto, le hubiese costado la vida y prefirió vivir y callar.

Pero tan pronto como pudo desenvolverse



sin peligro para él, salió en busca de los compañeros para no perder ni un segundo:

— ¡Pronto!... ¡Flora nos ha robado!

Y todos montaron en sus caballos como demonios y salieron en persecución de la joven.

Flora logró ganar la mina, a la que llegó dando grandes voces y disparando su revólver para sembrar la alarma y prepararles a la defensa, pues suponía, y con razón, que la partida iría detrás de ella.

— ¡Preparaos, muchachos, la partida viene!

— decía a todos los que encontraba a su paso.

Al cabo pudo apearse a la puerta de la oficina en la que se hallaba King contemplando el despojo llevado a cabo por los bandidos.

— ¡Ahí está su dinero, que he recuperado, pero vienen todos contra mí! — le dijo Flora, sin poder hablar apenas a causa de la emoción y de la fatiga.

En efecto, instantes después la oficirra estaba rodeada por los bandidos dispuestos a librar la batalla definitiva, como los que había dentro lo estaban a defenderse.

La lucha que se entabló fué violenta y cruel.

Como los bandidos eran más, la lucha parecía irse inclinando a su favor y el cerco se estrechaba por momentos y hubieran acabado por alcanzar el triunfo si el incesante tiroteo no hubiese sembrado la alarma por aquellos contornos, percibiendo de lo que

ocurría a los hacendados más próximos y hasta a la misma policía rural, que acudió presurosa, decidiendo el encuentro a favor de los sitiados.

Muchos de los bandidos cayeron muertos en el mismo campo de la batalla; y los que no, fueron hechos prisioneros; pero Esteban, en un último esfuerzo por salvar la vida y la libertad, se había encaramado hasta una de las vagonetas del tren aéreo destinado a la conducción del mineral, procurando ganar en ella la orilla opuesta del barranco.

Y a fe que lo hubiera conseguido si Jaime King primero, y Flora más tarde no se hubiesen lanzado en su persecución.

Jaime, apenas le había visto huir, había salido tras él persiguiéndole hasta la vagoneta misma, a bordo de la cual se entabló sañudo combate, cuerpo a cuerpo, entre los dos hombres, estando ambos varias veces a punto de caer al fondo del abismo, al que Esteban, más fuerte que King y más avezado a estas peleas, hubiese acabado por arrojar a éste a no impedirlo un certero disparo del revólver de Flora, que le hizo vacilar, perder el equilibrio y precipitarse en el espacio.

Una vez logrado esto, que era lo más esencial, la joven dió contramarcha a la vagoneta, en cuyo fondo yacía el inanimado cuerpo de King, a quien se prodigaron los mayores cuidados una vez que se logró tenerle en tierra.



Gracias a ellos no tardó en recobrar el sentido y en abrir los ojos para ver que se hallaba en brazos de Flora.

Sus primeras palabras fueron toda una revelación para la joven :

— Ese hombre dijo que me mataría, como había matado a su padre...

\* \* \*

Unos días después ya conocía Flora el secreto que deseaba revelarle Jaime King.

— Ahora ya no tendrás que volver a perder la fe en mí — le decía la joven amorosamente.

— ¡Nunca la perdí! — le respondió Jaime.

— Yo vine aquí a por algo y he robado tu corazón, que es lo que más vale — arguyó, por último, Flora, mientras estrechaba contra su pecho a aquel hombre, al que nunca había conseguido odiar como quería odiarle.

FIN



## BIBLIOTECA PERLA

No dejen de comprar estos interesantísimos tomos

### TOMOS PUBLICADOS

- 1 LA LLAMA DEL AMOR, por Pauline Frederick.
- 2 JURAMENTO OLVIDADO, por M. Kid y M. Varkon.
- 3 LO QUE CUESTA EL PLACER, por Virginia Vall.
- 4 AMBICIÓN CIEGA, por Eleanor Boardman.
- 5 ¿Y ESTO ES EL MATRIMONIO?, por E. Boardman.
- 6 CON LA MEJOR INTENCIÓN, por C. Talmadge.
- 7 UN MENSAJE DE ÚLTIMA HORA, por G. Hulette.
- 8 SOMBRAS DE LA NOCHE, por Madge Bellamy.
- 9 EL PREMIO DE BELLEZA, por Viola Dana.
- 10 LA LEY SE IMPONE, por A. Hall y M. Palmieri.
- 11 DESOLACIÓN, por George O'Brien.
- 12 SUBLIME BELLEZA, por Andrey Munzon.
- 13 CASADO CON DOS MUJERES, por Alma Rubens.
- 14 EL DESTINO DE LOS HIJOS, por Henny Porten.
- 15 EL CABALLO DE HIERRO, por George O'Brien.
- 16 ALEJANDRITO EL MAGNO, por Marlon Davies.
- 17 NINICHE, por Ossi Oswalda.
- 18 DESTINO... por Isabelita Ruiz.
- 19 LA MÁSCARA Y EL ROSTRO, por M. de la Motte.
- 20 CARNE DE MAR, por George O'Brien.
- 21 ANA MARÍA, por Henny Porten.
- 22 EL HUÉRFANO DEL CIRCO, por I. Langlais.
- 23 CORAZÓN DE ACERO, por Rod La Rocque.
- 24 EL PRIMER AÑO, por Catalina Perry.
- 25 CORAZÓN INTREPIDO, por George O'Brien.
- 26 LA VIDA PARA EL AMOR, por Leatrice Joy.
- 27 LA REPRESA DE LA MUERTE, por George O'Brien.
- 28 SANDY, por Harrison Ford y Madge Bellamy.
- 29 HUELGA DE ESPOSAS, por J. Logan y E. Foxe.
- 30 SIBERIA, por Alma Rubens y Edmund Lowe.
- 31 EL NECIO, por Edmund Lowe.
- 32 TRÍO FANTÁSTICO, por Lon Chaney y Mae Busch.

PRECIO DE CADA TOMO : 60 CÉNTIMOS